

OTRA DRAGONADA

Capítulo 15

Gira el mundo gira

Un tímido sol se abre paso entre la espesura del Bosque Negro. Ululato y Theo ya llevan un buen trecho del camino recorrido desde que, bien temprano, se despidieron de la siempre interesante Baba Yaga. En las alforjas portan ricas viandas, regalo de la buena mujer, y hasta una bota con un poco de vino para alegrarles las duras jornadas a lomos de sus monturas. Parece que el ánimo de los viajeros ha decaído, debe ser que la frialdad matutina les afecta pues no parecen estar de humor para seguir con las bromas de la pasada noche. El atribulado juglar agradece que su compañero no le dé demasiada conversación, así tiene un poco de tiempo para sumergirse en sus pensamientos y tal vez urdir un plan que le permita escapar de la desastrosa situación en la que se encuentra. Lo tiene decidido, en cuanto el fornido leñador se despiste espoleará a Fulguroso y saldrá a toda carrera para alejarse lo más posible. Si consigue llegar a alguna ciudad está seguro de que podrá vender el caballo, la armadura de Sir Héctor, la espada y todo lo que no sea de primera necesidad para él, echarse a los caminos como cuando era un joven cómico dispuesto a comerse el mundo, ganarse la vida de villa en villa hasta llegar al mar y allí embarcarse con rumbo a cualquier lugar que le aleje de Lady Citronella y sus mezquinas intrigas. Si es necesario le dará un garrotazo a Theo que lo deje sin sentido y le robará su formidable caballo José Luis para que no pueda seguirle. Tal ese acto de vileza condene al hombretón a morir a manos de las alimañas del bosque pero ¿qué otra cosa puede hacer? Está desesperado. Le dejará su hacha para que pueda defenderse y la comida también y tal vez una nota indicándole donde puede recuperar su caballo. Que tenga medios para regresar con los suyos. Eso hará, sí señor, y le dará las gracias por todo lo que ha hecho por él y se disculpará por dejarle tirado de esa manera. Espera que Theo sabrá perdonarle.

—Pues parece que el sol no quiere acabar de levantarse hoy.—El grandullón rompe el silencio.

—Eso parece, sí—responde Ululato.

—No estará usted enfadado por las chanzas de anoche, Sir Héctor, mire que solo eran unas bromillas inocentes.



—Oh, claro que no, Theo, es simplemente que el día no acompaña a la buena disposición del ánimo, ¿no crees?

—Muy cierto, señor, hoy el Bosque Negro parece más inhóspito que de costumbre pero no se apure usted, que si seguimos a este ritmo muy pronto dejaremos atrás estas espesuras.

—¿Ya mismo?—se alarma Ululato.—Creí que aún nos quedaban varias jornadas para dejar atrás estos parajes.

—Oh, eso creía yo, pero ayer mi buena amiga Baba Yaga me indicó un atajo que nos va a ahorrar por lo menos dos días de camino. Yo calculo que en menos de una semana estaremos bebiendo cerveza fría con las gentes de Evantil. ¿Cree usted que tendrán cerveza?

—Sería una gran decepción si no la tuvieran—dice Ululato pensativo.—Así que menos de una semana, eh.

—Así es, Sir Héctor, ya sé que está usted deseando llegar para dar muerte a ese fiero dragón pero no creo que podamos acortar mucho más nuestro tiempo de viaje.

—Oh, sí, claro, claro, me hago cargo del esfuerzo que haces por conducirme cuanto antes a mi destino, no te apures buen amigo, sabré contener mi ansias por cumplir mi gesta.

—Cuanta nobleza albergáis en vuestro corazón, señor mío—exclama Theo con absoluta devoción.—Tendréis que permitirme que la primera ronda tras matar a esa bestia asquerosa corra de mi cuenta.

—Oh, no, por favor, no será necesario—contesta Ululato con un hilo de voz.

—Insisto, Sir Héctor, para mi será un honor ser el primero en celebrar con vos tal hazaña. Además, podré decirle a mis nietos algún día que este humilde leñador acompañó al mejor de los hombres en sus gallardas aventuras y que brindó con él por el éxito de las mismas. No podéis negarme ese capricho.

—Me conmovéis, buen amigo.—El hombretón ha conseguido emocionar al voceador.—El honor será mío por aceptar vuestra invitación.

Después de esta charla Ululato se ha quedado realmente tocado. Según la información que le acaba de dar Theo van a llegar a Evantil antes de lo previsto. En un par de jornadas, tres



a lo sumo, saldrán del Bosque Negro para encarar el último tramo de su viaje. Es un auténtico desastre. ¡Maldita bruja maliciosa! tenía que enseñarles un atajo, con lo bien que estaban ellos dando vueltas por los caminos sin ton ni son. Tendrá que actuar rápido si quiere librarse de Theo y huir cuál alma que lleva el diablo. Ayayayayayay, que como se descuide se va encontrar de frente con el dragón. Qué mala suerte la suya, como añora su comfortable rincón en la cocina del castillo. ¿Por qué tuvo que acudir al alboroto de Sir Héctor cayendo por la escalera? Si se hubiese quedado roncando como un bendito ahora no estaría metido en este lío.

—¡Me cago en mi estampa!—se le escapa a Ululato.

—¿Cómo decís, señor?, ¿ocurre alguna cosa?

—Oh, digo que menuda estampa, mirad esa espesura repleta de verdor, es digna rival para las mejores pinturas de palacio.—Improvisa Ululato.

—Muy cierto, Sir Héctor, qué buen gusto tenéis, se nota que venís de noble cuna, los palurdos como yo no apreciamos tales delicadezas.

—Claro, claro, es que nosotros los nobles somos muy dados a apreciar la belleza y eso.

Cae de nuevo el silencio entre los dos viajeros. Ululato sigue rumiando la manera de poner excusas que les retrasen y le permitan ganar algo de tiempo. Con lo avisado que es él y no hay manera de que se le ocurra algo con lo que poder ir tejiendo su plan maestro. Todo parece llevarle inevitablemente hacia un aciago destino. La luz tenue, la tranquilidad inaudita del bosque, la falta de elocuencia de Theo...hasta Fulguroso está anormalmente relajado. Todas estas cosas deberían alegrar a Ululato, por fin un poco de paz en su accidentado viaje, sin embargo, tiene la sensación de que no es más que la calma que precede a la tempestad. Debe evitar a toda costa llegar a Evantil o estará perdido.

—Mirad, Sir Héctor—dice Theo señalando un punto del camino en el que la vegetación parece ser menos densa.—Parece que allí se abre un claro, tal vez podríamos parar a descansar un rato.

—Por supuesto, buen amigo.—Por fin una excusa para poner su plan en marcha. Es ahora o nunca.



—Qué buen sitio sería este para pasar la noche, lástima que aún quede tanto para el ocaso, ¿no creéis, señor?

—Sí que es buen sitio, sí—responde Ululato.—Tal vez nos podríamos plantear acampar unos cuantos días, ¿qué prisa hay? El dragón no se va a mover de donde está.

—Ay, pero qué guasón sois—ríe Theo.—Y yo preocupado por si os habían ofendido las bromas de Baba Yaga. ¿No oís un murmullo de agua? Me parece que hay un arroyo cerca, ya llevo un rato escuchando su sonido. ¡Qué buena suerte la nuestra! Podremos dejar que los caballos se refresquen y que coman la hierba fresca de la orilla. ¡Voy a ver si lo encuentro!

El leñador se baja ágilmente de José Luis y corre aguzando el oído. Hace cazoleta con su manaza detrás de la oreja para oír mejor. Al momento desaparece entre la maleza. Ululato aprovecha la ocasión para ir en busca de un tronco lo suficientemente recio como para asestarle un testarazo sedante a la cabezona de Theo. Sopesa algunos candidatos y finalmente se decide por un leño que sin duda servirá a sus propósitos. Lo esconde para que su amigo no lo vea y se va a inspeccionar la zona para trazar el plan de huida. Parece que el camino es lo suficientemente ancho como para aventurarse a galopar con Fulguroso aunque no sabe si atar a José Luis a la grupa será una buena idea. En fin, tendrá que intentarlo, no puede dejar que Theo le persiga, tiene que poner toda la distancia que pueda entre los dos. Ahora falta la cuestión de la nota, ¿dónde escribirla?, no tiene papel ni pluma. Tal vez se las podría ingeniar para dejarle un mensaje sobre una piedra plana, hay muchas al borde del camino. Machacará una bayas venenosas para improvisar la tinta. Aún no ha empezado a recolectarlas cuando Theo reaparece de entre la espesura.

—Sir Héctor, he encontrado el arroyo, y menudo es, con el agua más cristalina que hayáis visto nunca. Si no fuera porque el día ha amanecido brumoso no me importaría darme un buen baño. Un poco más adelante hay un paso para los caballos.

—Llevémoslos pues para que sacien su sed.—Es su oportunidad para dejar cao al grandullón. Ahora o nunca.—Adelántate, buen amigo, que ya mismo te sigo.

Theo toma de las riendas a José Luis y lo conduce calmamente hacía el riachuelo. Ululato aprovecha para recuperar el leño que había escondido. Cuando llega al pie del arroyo se encuentra a su inocente víctima agachada, tocando el agua con sus manos. A su lado, el caballo percherón bebe tranquilamente. El juglar se acerca sigilosamente con el garrote



bien cogido. Apunta con ojo clínico a la nuca despejada del hombretón. No tiene intención de fallar. Piensa dejar a su amigo fuera de juego como que se llama Ululato el clamoroso.

—Ay, José Luis, cada vez que veo el agua cristalina correr me acuerdo de los bellos ojos de mi Johanna.—Parece que Theo está hablando con su caballo. Ululato también charlaría con Fulguroso si no fuera un rocín tan antipático.—¿La recuerdas? Tenía los ojos claros como el rocío de la mañana. Qué pena que nos dejara tan pronto, a ella le habría encantado conocer a Sir Héctor, ¿no crees? Siempre pensé que los nobles eran altivos y crueles con los pobres pero qué equivocado estaba, amigo mío, porque mi señor es el hombre más bueno del mundo. Qué suerte que nos haya dejado acompañarle en su gran hazaña.

¿Pero será posible? Pues no que le ha dado pena pegarle un testarazo en toda la base del cráneo al bueno de Theo. ¿Pero cómo va a descogotar a ese hombre después de las cosas tan bonitas que ha dicho? Si no es un leñador, ¡es un poeta! Ululato se imagina el gran dúo que formarían ellos dos: él con su vis cómica y Theo recitando bellos versos de amor. ¿Cómo ha podido siquiera pensar en agredir a su amigo? Si le debe la vida no una, sino dos veces, si no ha dudado ni un instante en acompañarle en su arriesgada aventura, dejando a su hijo, a sus amigos y a su profesión sin la certeza de poder regresar a su hogar. Y además habla de Ululato con auténtica devoción. ¿Quién podría encontrar mejor compañero? Nadie, nadie podría. El juglar, apesadumbrado por la culpa, lanza a un lado el leño con el que pretendía golpear al fiel gigante. Theo, alertado por el ruido se gira para encontrarse con un Sir Héctor hecho un mar de lágrimas.

—Señor, ¿os encontráis bien?

—Sí, sí, buen amigo, es que se me ha metido una mota de polvo en el ojo...en los dos ojos...muchas motas...y algún mosquito también.

—Oh, sí, le entiendo, a mi también me pasa a veces, malditas motas. ¿Qué se ha hecho de Fulguroso?

—Mmm, esto...si venía detrás de mi...este caballo...mira que es díscolo. Voy a buscarlo. No tardo. Tú, tú sigue hablando con José Luis que yo ahora vuelvo.



Cuatro días después en el Bosque Negro...

Han pasado varias jornadas desde el incidente del arroyo y Ululato aún no ha encontrado la manera de librarse del leñador. Ha intentado esconderse entre los arbustos sin más pertenencias que su propia anatomía pero resulta que Fulguroso tiene el olfato más fino que un sabueso y siempre logra encontrarle. El juglar no tiene muy claro si lo hace porque al final le ha cogido aprecio a su persona o porque es más listo que el hambre y quiere frustrar sus planes de huída. Una mañana, mientras Theo aún dormía, salió corriendo campo a través como alma que lleva el diablo, pero como aún no había amanecido del todo se pegó tremendo testarazo contra un árbol y cayó al suelo inconsciente. Al cabo de unas horas, Fulguroso el rastreador lo localizó por ahí tirado y dio aviso al leñador, que lo volvió a recomponer para seguir la marcha. Otro día intentó retrasar el viaje con la excusa de visitar unas cuevas por las que pasaba su ruta. Se inventó que un amigo de un amigo de un amigo le había dicho que en las entradas de las grutas alguien, en tiempos muy remotos, había pintado unas extrañas figuras con formas humanas y animales. Theo no se dejó convencer, era mejor parar a hacer turismo una vez que hubieran cumplido con su deber. La mejor tarea es la que está terminada. Esa misma tarde fingió estar enfermo pero solo le sirvió para que el solícito hombretón le preparase un brebaje repugnante hecho a base de raíces de no sé qué planta inmundada. Intentó huir al galope pero Fulguroso clavaba las pezuñas en el suelo en cuanto le espoleaba y se negaba a avanzar. Trató de intentarlo con José Luis pero no fue capaz de subirse a esa descomunal mole hecha caballo.

Están saliendo de la espesura del Bosque Negro y a Ululato se le acaban las opciones. Según sus cálculos solo faltan un par de jornadas más de viaje para llegar a Evantil. O se escapa ahora o se acabó lo que se daba. Ya solo le queda contar la verdad y rezar para que el leñador no le reviente la cabeza por haberle engañado. Confía en el buen corazón de su escudero aunque tampoco las tiene todas consigo cuando ve las manazas que se gasta el amigo.

—Buen Theo, desearía compartir contigo una confidencia—empieza Ululato compungido.

—Oh, señor, me honráis con vuestra confianza.

—Verás, no he sido del todo sincero contigo.



—¿A qué os referís, señor? Todos decimos alguna mentirijilla de vez en cuando.

—Bueno, es que no es una mentirijilla...es...bueno...

—¿Es por lo de las pinturas de las cuevas? Ya me di cuenta de que me intentabais tomar el pelo—ríe Theo.—Este tonto leñador sabe de muy buena tinta que cierto señor lleva intentado devolverle la broma de la cabaña de Baba Yaga desde que reemprendimos viaje.

—Ah, eso, bueno, no es que quiera devolvértela, es que...

—Jajaja, y lo de esconderos cada dos por tres—sigue jocoso el leñador.—De verdad os digo que jamás me habría imaginado que un noble tuviera semejante sentido del humor.

—Ya, soy súper gracioso pero no es eso a lo que me refería...

—Claro, os referís a lo de fingiros enfermo, jajaja, pero ahí os la colé yo bien haciéndoos beber el mejunje de raíces. No sé como os pudisteis aguantar las náuseas.

—Sí, jeje, qué divertido que fue, pero yo os quería hablar de otra cosa...

—¡Mirad, Sir Héctor!—el leñador corta en seco la confesión de Ululato.—¡ya hemos llegado!

—¿Cómo, qué?—exclama el juglar poniéndose blanco como la cal—¿Pero no faltaba aún un día entero o dos?

—Pues ya veis, la fortuna está de nuestra parte, esas casas que asoman allí en el valle son las de Evantil. ¡Qué buena suerte la nuestra!

—Oh, sí, somos dos tipos con la flor en el culo, claro que sí, sobre todo yo, por haber tenido un guía tan eficiente como tú, amigo mío.

—Vuestras palabras me abruma, noble señor—dice Theo henchido de orgullo.

Ya es demasiado tarde. Ululato se siente como un cretino. Si se hubiera sincerado desde un principio ahora no tendría que jugarse la vida intentando dar muerte a un dragón. ¿Por qué no lanzó la armadura al río en cuanto tuvo ocasión?, ¿Por qué fingir con los leñadores? Les podría haber explicado su apurada situación y seguro que le habrían ayudado. O Baba Yaga también...no, ella no, seguro que lo hubiera echado en su caldero para dárselo de comer al gato. Pero, ¿por qué se ha empeinado en continuar con la farsa? Ahora ya no



puede echarse atrás, si no le mata Theo de un mamporro lo harán los vecinos de Evantil o los espías que haya enviado Lady Citronella para acabar con él y si no le comerá el dragón. Desde luego sus perspectivas de futuro no son muy halagüeñas.

Los dos hombres se detienen un instante a contemplar la aldea desde las alturas. Con solo descender una loma entrarán en Evantil. El caprichoso destino ha lanzado sus dados y no parece que la suerte vaya a caer del lado de Ululato.

Continuará en el capítulo dieciséis

